

» dignais dirigir una mirada , que cargais de cadenas y llenais de gol-
» pes , que enviáis á morir á las islas desiertas , en los bordes de los
» caminos , ó que arrojais á vuestras murenas , serán recogidos por
» vuestros hijos , respetados , queridos , llamados con el nombre de
» hermanos ; y vuestros mas ilustres descendientes cifrarán su mayor
» gloria en ser los servidores de los pobres , mas que en ser los nietos
» de los Escipiones y de los Césares. » Si alguno , repito , hubiese
dirigido semejantes palabras al Emperador ó al Senado , lo hubieran
creido un insensato , y sin embargo hubiese sido profeta ; y si cien
años despues de Constantino hubiesen vuelto al mundo todos aquellos
patricios de Roma , ¡ cómo se hubieran admirado al ver realizada la
profecía ! Á buen seguro que habrian exclamado : Es un prodigio
inconcebible , y solo puede ser obra de Dios : *Incredibile , ergo di-
vinum* ⁴.

ORACION.

Dios mio , que sois todo amor , gracias os doy por haber dado la
libertad á vuestra Iglesia ; gracias os sean dadas por los beneficios que
ha derramado por todo el mundo y sobre cada uno de nosotros en
particular.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas , y á mi prójimo
como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor ,
rogaré cada dia por mis superiores temporales.

⁴ Tertul. *adv. Marcion.*

LECCION XXI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Resúmen de lo anterior. — Estudio sobre el hecho del establecimiento del Cris-
tianismo. — Dificultades de la empresa. — Debilidad de los medios. — Grandio-
sidad del resultado. — Suposicion.

La primera necesidad de los tiempos actuales es arraigar la fe en
los corazones , y , salvo error de nuestra parte , el mejor medio de lo-
grarlo es presentar en toda su desnudez el hecho del establecimiento
del Cristianismo ; no hay prueba mas completa , mas indestructible ,
mas popular. Vamos , pues , á exponerlo resumiendo en las dos leccio-
nes siguientes cuanto hemos explicado sobre los tres primeros siglos ;
nuestra relacion será enteramente auténtica , y la apoyaremos en el
unánime testimonio de los Judíos , de los gentiles y de los Cristianos ,
es decir , en la autoridad de testigos oculares y perfectamente irrecu-
sables ⁴ ; negar sus dichos seria negar toda certeza histórica. Á fin
de mostrar el hecho en toda su grandeza , lo examinaremos bajo tres
puntos de vista : 1º. Dificultades de la empresa ; 2º. debilidad de los
medios ; 3º. grandiosidad del resultado.

1º. Dificultades de la empresa. Los autores judíos , gentiles y cris-
tianos nos dicen unánimemente que en la época en que apareció el
Cristianismo , el mundo entero , excepto el reducido rincon de tierra
habitado por los Judíos , era idólatra. El objeto de la empresa era der-
ribar el Judaismo y el Gentilismo , y elevar el Cristianismo sobre sus
ruinas ; tratábase , pues , de declarar la guerra á todos los pueblos y
de atacarles en lo que hay mas fuerte y mas sagrado en el fondo del
corazon humano , en el sentimiento religioso. Entre los gentiles este
sentimiento tenia una energia particular , en cuanto se confundia con
las pasiones , objeto exclusivo del culto universal , y tanto entre los
gentiles como entre los Judíos se mezclaba con las preocupaciones
mas lisonjeras para el orgullo nacional , pues todos creian que sus
instituciones políticas se hallaban inviolablemente unidas al manteni-

⁴ Véanse los comprobantes , 1º. en Bullet , *Historia del establecimiento del Cris-
tianismo* ; 2º. en el P. Decolonia , *La verdad del Cristo probada por los autores
gentiles* ; 3º. en el P. Mamachi , *Orígenes y antig. crist.* t. II, III y IV ; 4º. en todos
los santos Padres , especialmente san Justino , Tertuliano , Orígenes , Arnobio , Lac-
tancio , etc. ; 5º. en Tácito , *Hist.* lib. XV ; Sueton. *in Vaspas. et Domit.* etc. ; 6º. en
todas las demostraciones evangélicas ; 7º. en el *Talmud* , etc. ; 8º. en Baronio ,
Annales eccl. desde el año 31 á 310.

miento de su religion. Entre los Romanos, en particular, iba envuelto con la aspiracion á la dominacion universal; porque, fiada en los oráculos, Roma, señora del mundo, consideraba el Paganismo como la causa de sus triunfos y la garantía de la eterna duracion de su imperio. Vemos, pues, que la empresa era en todas sus partes un tejido de dificultades, si graves las unas, gravísimas las otras.

Primera dificultad : Destruir el Judaismo. Es cierto que los Judíos eran en corto número, pero abrigaban hácia su religion un amor muy vivo, muy fundado y muy interesado. Amor muy vivo : desde muchos siglos se encontraban radicalmente curados de su inclinacion á la idolatría, y antes que renunciar á la ley de Moisés, habian sufrido de parte de los reyes de Siria el saqueo, la devastacion, la esclavitud y toda clase de malos tratos. Muchos de ellos habian derramado su sangre en los campos de batalla, á ejemplo de los hijos de Matatías, en defensa de su fe, al paso que otros la confesaron valerosamente delante de los tiranos, prefiriendo, antes que abjurarla, la muerte entre los mas horribles suplicios; tales fueron el santo anciano Eleazar, la madre de los Macabeos y sus siete hijos.

Amor muy fundado : el Judaismo era la religion verdadera en cuanto tenia al mismo Dios por autor, por intérpretes á los Patriarcas y Profetas, gloria de la nacion, y á los Judíos por únicos depositarios. Jerusalem era la habitacion del Señor, su templo el único santuario en que admitia las adoraciones de los hombres y en que dejaba oír sus oráculos. Una larga serie de prodigios servia de base á su religion; la fidelidad de los hijos de Israel á aquella ley descendida del cielo habia sido el origen de innumerables bendiciones, les habia granjeado los favores de los mas fieros conquistadores, y hacia aun su fuerza, y en ella consistia su superioridad delante de los demás pueblos.

Amor muy interesado : la falsa interpretacion dada á las profecías por los Fariseos halagaba de tal modo su orgullo nacional, que era la base de todas sus esperanzas, y con fanática tenacidad esperaban los Judíos á un Mesías conquistador que les librara del yugo de los gentiles, que pusiese en sus manos el cetro del universo, y que hiciese de nuevo amanecer para ellos los hermosos dias de Salomon.

Ahora bien, era preciso persuadirles de que su interpretacion de las profecías era un error; su esperanza en un Mesías conquistador una quimera; su religion una vana sombra que debia hacer lugar á la realidad; su título, hasta entonces exclusivo, de pueblo querido de Dios, un título que deberian compartir con todos los pueblos; su odio y profundo desprecio hácia los gentiles, dos sentimientos culpables que habrian de reemplazar con un amor fraternal, tanto que infringiendo todas las prohibiciones de la ley de Moisés, que les prohibia todo comercio religioso con los gentiles, debian bajo pena de eterna

condenacion confundirse con ellos, y con ellos adorar con igual culto y en los mismos templos á un hombre juzgado, condenado y ejecutado por ellos y los gentiles de comun acuerdo, como un insigne malhechor, y reconocerle por único Dios del cielo y de la tierra.

Segunda dificultad : Destruir el Gentilismo. Los gentiles no eran menos adictos á su religion que los Judíos, y se concibe fácilmente al considerar que lejos de ser una traba para las pasiones, halagaba el Gentilismo las mas lisonjeras inclinaciones del corazon humano. El entendimiento no se veia obligado á humillar su orgullo bajo el yugo de impenetrables misterios; en los dogmas gentílicos era todo enteramente accesible á la degradada razon, á la cual por otra parte ninguna autoridad obligaba á recibir como regla de creencia lo que se le antojaba rechazar. La moral del Gentilismo dejaba al corazon en perfecta libertad de sus afecciones. « Los desórdenes hácia los cuales se » sienten el hombre tan fuertemente impulsado, eran no solo permiti- » dos sino honrados, y se conferian recompensas á los hombres que » á ellos se entregaban; hay mas, autorizados y consagrados con el » ejemplo de los dioses, eran en cierto modo obligatorios. Los excesos » de intemperancia y de lujuria formaban el fondo de los misterios de » Baco, de Cibele y de Venus; entregarse á una prostitucion pública » era un acto religioso. Los dioses fomentaban tambien el ardiente » deseo de las riquezas, aun cuando se tratase de adquirirlas por me- » dios ilícitos; los ladrones invocaban á Mercurio y á la diosa Eaver- » ne para el feliz éxito de sus empresas. La idea de una vida futura » no derramaba sombra alguna de amargura en los placeres de la » vida presente; en el Tártaro solo se castigaban ciertos crímenes » monstruosos, hácia los cuales sienten los hombres instintivo horror, » y que casi todos evitan sin esfuerzo; los demás desórdenes no im- » pedian la entrada en los Campos Elíseos⁴. »

El culto del Gentilismo no ofrecia menos alicientes que su dogma y su moral. « Para honrar á los dioses, reunianse en soberbios tem- » plos, decorados con estatuas que eran otras tantas obras maestras; » sacerdotes magníficamente vestidos inmolaban víctimas adornadas » con pompa; jóvenes de ambos sexos, cubiertos de largas túnicas » blancas y coronados de flores, servían de ministros; todo el pueblo » ostentaba lo mas rico que tenia. Los Emperadores, los cónsules, » los magistrados, los senadores, con la pompa de su dignidad, da- » ban nuevo realce al brillo de las ceremonias; el aire estaba im- » pregnado de los dulces perfumes que continua y profusamente que- » maban; las voces mas bellas y los mas armoniosos instrumentos » formaban agradables conciertos; y al sacrificio seguian festines,

⁴ Véase á Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*, y las *Tres Romas* descripcion del Coliseo y del gran Circo, t. I y II.

» bailes, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y espectáculos. Estas eran las fiestas de los dioses, diversiones públicas y comunes, á las que Roma consagraba casi la mitad del año¹. »

Añadid á lo dicho que todo cuanto puede autorizar un culto apoyaba á aquella tan cómoda religion : habíanla mamado con la leche, considerábanla como la mas preciosa herencia de sus antepasados ; los pueblos creían que su felicidad iba unida á ella ; hacíanla el fundamento de sus repúblicas y Estados, y les era tan querida que combatían en su defensa con mas ardor que por su propia vida. Aquella religion era tan antigua que su origen se perdía en la noche de los tiempos ; creíase que había empezado con el mundo y que había tenido á los mismos dioses por autores. Todos los siglos, las naciones todas eran un testimonio de ella ; los mas célebres oradores la vengaban de los ultrajes que algunos se atrevían á dirigirle ; los generales del ejército, los mas orgullosos conquistadores jamás partían para sus expediciones sin invocar solemnemente á los dioses, en cuyos templos deponían luego los trofeos de sus victorias, honrándose los señores del mundo de ser sus servidores. « Los dioses habían manifestado su poder cuando habían sido implorados ; los templos estaban llenos de inscripciones hechas por los que experimentaran su auxilio, explicando los prodigios que habían obrado ; sus oráculos probaban que el porvenir carecía para ellos de tinieblas, y hasta había lugares célebres por la continua serie de portentos que en ellos se verificaban diariamente, y templos en que los dioses aparecían bajo formas humanas. Los versos sibilíticos prometían á Roma la conservacion de su imperio mientras observase sus antiguas ceremonias, y por lo tanto aquella ciudad estaba animada de un ardiente celo para sostener la religion que le aseguraba tan grandes destinos. De este modo el cielo y la tierra, los dioses y los hombres parecían contribuir al afianzamiento de la idolatría². »

Tercera dificultad : Establecer el Cristianismo. Destruir el Judaismo y el Paganismo no era sino la primera y menos difícil parte de la empresa ; elevar sobre sus ruinas el Cristianismo era la segunda. Ahora bien, ¿ en qué consistía el Cristianismo ? En todo lo que mas repugnancia inspiraba á los Judíos y á los gentiles, en todo lo que mas se opone á los apetitos del hombre degradado. Para el mayor número el Cristianismo en sí mismo era una religion enteramente nueva ; una religion desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor ; una religion despreciable por la pobreza y oscuridad de sus sectarios. Para otros, así entre los Judíos como entre los gen-

¹ Véase á Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*, y las *Tres Romas*, descripción del Coliseo y del gran Circo, t. I y II.

² Bullet, id. pág. 62 ; véase en las *Tres Romas* la historia del oráculo de Prenestes, t. III.

tiles, el Cristianismo era mas odioso aun ; era la terrible aparición de la verdad, de la verdad acusadora que el hombre teme como un azote, porque condena sus obras tenebrosas, y le persigue con su luz implacable y con sus desapiadados remordimientos. ¡ Cuál debió ser el espanto, el temblor y la ira de todos los hombres de corrompido corazón que llenaban el mundo, al reconocer á aquella reina absoluta que venía á reivindicar sus usurpados derechos ! Si Sócrates, el mas sabio de los filósofos, fué condenado á beber la cicuta por haberse atrevido á recordar una sola de aquellas reformadoras verdades, ¿ cómo serían tratados los que las proclamaron todas con una autoridad que no admite réplica ? Así pues, por una coincidencia única, lo mismo la ignorancia del vulgo que la ciencia de los sabios conspiraban con igual fuerza contra el establecimiento del Cristianismo.

Fuerza es decirlo ; su cómplice mas temible era el mismo Cristianismo : en su dogma era una religion compuesta de impenetrables misterios que confundían la razón. Verdadera locura para los gentiles y escándalo para los Judíos, predicaba un Dios único, y tres personas en él ; un Dios-Hombre ; un Dios nacido de una Virgen ; un Dios que se come en un pedazo de pan, y que se bebe en algunas gotas de vino ; un Dios judío, un judío crucificado, y otros cien dogmas igualmente increíbles, absurdos, ridículos á los ojos de la sabiduría humana, y que sin embargo era preciso admitir sin objetar ni una sola palabra, y con tanta convicción que se debía estar pronto á morir en su defensa, so pena de ser condenado, al salir de esta vida, á las eternas llamas.

En su moral era una religion espantosa por su severidad y austeridad : por su severidad, pues no solo condenaba las acciones culpables que el Gentilismo convertía en virtudes, sino que proscribía las palabras, las miradas, los menores gestos opuestos á alguna de las virtudes que predicaba, y las predicaba todas. Descendiendo al fondo de las conciencias, iba á buscar la fibra mas oculta y delicada, y la cortaba sin piedad : á sus ojos la idea aun fugitiva del mal era un crimen que castigaba con una eternidad de suplicios ; ninguna consideración ni indulgencia por las inclinaciones mas imperiosas y queridas. Por su austeridad, pues solo hablaba de oraciones, de lágrimas, de mortificaciones, del continuo sacrificio del hombre, de ayunos, de privaciones de toda clase, de confesiones humillantes, y de mil otras prácticas mas embarazosas las unas que las otras. Ordenaba la observancia de leyes desconocidas, contrarias á las mas antiguas costumbres y á las mas legítimas preocupaciones, tales como el perdón de las injurias, el amor á los enemigos, la fraternidad de todos los hombres, y por consiguiente la abolición de la esclavitud, base social de todo el mundo gentílico.

En su culto no inspiraba menos repulsion. Era una religion pobre, que en vez de pomposas fiestas, de bailes, de festines, de juegos del Circo, de espectáculos del anfiteatro, solo ofrecia imágenes lúgubres, recuerdos sangrientos, lecturas graves, oraciones cuyo objeto en nada halagaba los sentidos; una religion enteramente espiritual y de porvenir, que no prometia en la tierra otra recompensa que desprecio, odio universal, la expoliacion, la muerte bajo su mas horroroso aspecto, y despues de la muerte bienes invisibles de que el hombre no puede formarse una idea.

Cuarta dificultad: Extension de la empresa. ¿Á quién se pretende imponer tan espantosa religion? ¿Á algunos pueblos aislados, ignorantes y casi salvajes? No. — ¿Á algunas ciudades del Oriente ó del Occidente, igualmente extrañas á las luces y á la corrupcion del resto del mundo? No. — ¿Á los pueblos bárbaros únicamente, y no á los griegos ni á los romanos, príncipes de la civilizacion? No. — Trátase de predicarla á todos los pueblos sin excepcion; al Oriente y al Occidente, al universo entero; esta empresa no tendrá mas límites que los del mundo. « Los hielos del Norte, los calores del Mediodía, la inmensidad del océano, la aspereza de las montañas, las arenas de los desiertos, serán impotentes barreras para detener su curso. El colosal imperio de los Césares, que se cree él solo el universo, no será mas que una parte de la Iglesia que se quiere establecer; el soberbio romano, el perezoso asiático, el voluptuoso indio, el estúpido moro, el orgulloso germano, el feroz escita, entran todos en aquel proyecto. El Evangelio será predicado en las sinagogas de los Judíos, en los templos de los ídolos, en las academias de Atenas, en las plazas de Roma, en la corte de los señores del mundo. El pretendido imperio de los climas, la antipatía de las ideas, la rivalidad de la gloria, los celos de la dominacion, la oposicion de intereses, la diferencia de costumbres, la diversidad de trajes, los vicios característicos de las naciones no deben impedir á los pueblos todos el reunirse en una misma sociedad, el adoptar igual creencia, el observar las mismas máximas, el ejercitarse en iguales virtudes y el mirarse como hermanos ⁴. »

Quinta dificultad: La época. ¿Qué siglo se eligió para predicar tan inconcebible locura, para imponer tan cruel religion? ¿Sin duda alguno de aquellos siglos de barbarie de que hablan los poetas, en que los hombres diseminados por los bosques, sin instruccion, sin luces, sin defensa, estaban dispuestos á creer todos los delirios anunciados por hábiles impostores; en que, sin pasiones lo mismo que sin vicios, se hallaban preparados para recibir el penoso yugo de la moral que se les presentaba? No. Eligióse precisamente el siglo de Augusto, el

⁴ Bullet, id. pág. 65.

siglo mas ilustrado y corrompido que jamás haya existido, el siglo de los oradores, de los historiadores, de los poetas, de los filósofos, de los diplomáticos, de los guerreros, de los hombres tan grandes en todos los géneros, que sus obras son aun la regla del gusto y la desesperacion de la ciencia moderna; el siglo de los hombres cuyos escándalos parecen en el dia fabulosos, y á quienes bastaba para enfurecer la sola idea del deber ó de la sujecion. Practicar el robo, la usura, el cohecho, el infame vicio bajo todas las formas y con refinamientos inauditos era su estudio, su vida; hacer devorar por manadas de tigres, de leones y de panteras á miles de hombres, ó hacerles matar entre sí, era un placer tan habitual que no salia ni una vez el sol que no lo iluminase en algun punto del globo: un placer tan agradable que se sacrificaban á él montes de oro, y que prometiéndolo al pueblo podia tenerse la seguridad de llegar, aunque fuese el último de los miserables, á las primeras dignidades del Imperio ⁴.

Sexta dificultad: Los calumniadores. Apenas hubo aparecido el Cristianismo, cuando miles de voces calumniosas se elevaron contra él, le siguieron, le precedieron, le acompañaron en todos sus pasos, destruyendo sus primeras conquistas y haciendo imposibles las que meditaba. Divididos en todo lo demás, Judíos y gentiles se habian reunido para formar el terrible concierto que llenaba el Oriente y el Occidente. Hombres de la nada, renegados, blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera Religion, enemigos de la nacion santa, perturbadores del reposo público, profanadores de la Escritura, que interpretaban de un modo impio y contrario á todas las esperanzas de Israel; fanáticos que llevaban su sacrilega demencia hasta á sustituir al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, un insigne malhechor condenado judicialmente y muerto por sus crímenes á manos del verdugo; tal era, con otras muchas injurias, la definicion que de los Cristianos daban los Judíos.

« Los discípulos de Cristo, decian á su vez los gentiles, son ateos cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; hechiceros tenebrosos que para realizar mejor sus criminales designios no quieren entre ellos ni sabios, ni hombres virtuosos ó ricos, sino únicamente tontos, niños, mujerzuelas, esclavos, malhechores, semejantes á los que han inventado tan abominable supersticion, y cuyo jefe, entregado á Pilatos por su propia nacion, ha sufrido justamente el infame suplicio de la cruz; monstruos con faz humana que en sus nocturnos festines degüellan á un niño, cuya sangre beben, y cuya carne palpitante comen con delicia, despues de lo cual se entregan á la mayor disolucion. » Estas calumnias y otras mil de tal modo prevalecieron, que el nombre de cristiano era el de

⁴ Véase á Ciceron, citado en nuestra *Historia de la familia*, t. 1.

todos los crímenes, y bastaba llevarlo para ser juzgado, sin el menor exámen, digno de todos los suplicios y del odio del género humano ¹.

Séptima dificultad: Los herejes. Perseguido por el odio universal, el Cristianismo no tenía otro recurso que la estrecha union de sus miembros, cuando del seno mismo de la nueva Religion surgió un obstáculo, el mas terrible quizás; introdúcese la division entre los Cristianos, aparecen los herejes, y á algunos pasos del Cenáculo de donde acababa de salir el Cristianismo elevan altar contra altar; aun en vida de los Apóstoles alteran la doctrina del Maestro, debilitan la autoridad de los pastores en el ánimo de los neófitos, componen historias que atentan contra la autenticidad de los Evangelios, predicando monstruosos errores que dan origen á sectas abominables y mas multiplicadas durante los tres primeros siglos de la Iglesia que en otra época alguna, y aprovechándose de estas divisiones, los Judíos y los gentiles exclaman: Los Cristianos no merecen crédito alguno, ya que tan mal se avienen entre sí.

Octava dificultad: Los filósofos. En pos de los herejes vienen los filósofos judíos y gentiles, los cuales recogen con oído atento cuantos rumores se propalan respecto de los Cristianos, se informan, leen las Escrituras y las apologías, y tratan luego de probar que aquellos rumores son fundados, que los Cristianos son realmente ateos y enemigos de los dioses y de los Césares, en una palabra, tan criminales como lo pregona la fama, y que sus libros y doctrinas son un conjunto de utopias, de contradicciones y de impiedades. Sus obras son ricas de citas, de sarcasmos, de razonamientos, de erudicion, de elocuencia, y aun de ingenio ²; no olvidan objecion alguna, tanto que á contar desde el siglo IV los enemigos de la Religion no han sabido hallar ni una nueva. La causa está juzgada; el pueblo, acostumbrado siempre á creer en las palabras de los sabios, se afirma en su opinion respecto de los Cristianos, y la resume en esta frase sanguinaria: Los Cristianos al leon: *Christianos ad leonem* ³.

Novena dificultad: Los comediantes. Mientras que los calumniadores condenan al Cristianismo á la execracion universal, mientras que los herejes desgarran su propio seno, y los filósofos lo desacreditan entre los hombres ilustrados, los comediantes se apoderan de él y lo entregan á la irrision del pueblo. Sus mas augustas ceremonias, sus

¹ Tertul. *Apol.* c. 10; Tácito, *Annal.* lib. XV. — Cuando eran conducidos al suplicio, precediales unregonero gritando: « Hé aquí á un enemigo de los Emperadores y de los dioses. — Euplius christianus, inimicus deorum et imperatorum. » (*Act. Martyr.* P. Ruinart, pág. 440.)

² Véanse las obras de Celso, de Porfirio, de Luciano, de Juliano el Apóstata, etc., etc.

³ Tertul. *Apol.* c. 40.

misterios mas sagrados, sus leyes mas respetables, parodiadas en los teatros, quedan heridas de un ridículo que les enajena mas partidarios que el hacha de los verdugos. ¿Cómo era posible adorar el día siguiente lo que el día antes se había acogido con desprecio y risas ⁴?

Décima dificultad: Los mismos progresos del Cristianismo. ¿Quién lo creyera? Hasta los progresos del Cristianismo se convierten en obstáculos para su propagacion, y en una perpetua amenaza para su existencia. Entre los que prestan oídos á los nuevos predicadores, unos, dóciles á la gracia, abrazan la verdad, mientras que otros se obstinan en el error; los hijos se hacen cristianos, y los padres permanecen gentiles; los esclavos piden el Bautismo, y se niegan á acceder á los abominables caprichos de sus dueños; los compradores de ídolos no frecuentan ya las tiendas de los mercaderes cuya fortuna hacian; las familias, las ciudades se dividen; desconócense los lazos de la sangre y de la amistad; el hermano denuncia á su hermano, el padre á su hijo, el esposo á su esposa, el señor á su esclavo, el amigo á su amigo. Las querellas y las violencias intestinas resuenan en lo exterior y provocan cada día explosiones de odio y terribles maldiciones contra los nuevos predicadores y sus doctrinas.

Undécima dificultad: Las persecuciones. Así como las olas del mar en un día de tormenta se elevan hasta la altura de las rocas que rodean la orilla, así aquella masa de calumnias, de acusaciones, de agitaciones particulares llega hasta el trono imperial, en que se sientan los Nerones, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos, para los cuales queda fuera de toda duda que el Cristianismo es un elemento de discordia, una secta perjudicial; que los Cristianos son otros tantos perturbadores que comprometen la prosperidad del Imperio; otros tantos impíos que lo conmueven hasta en sus cimientos provocando la cólera de los dioses, cuyo culto es la garantía de la eterna dominacion de Roma. Si los Bárbaros invaden las fronteras, si las legiones imperiales sufren una derrota, si el Tíber inunda los campos, si el cielo niega la lluvia, si un terremoto agita la tierra, si se deja sentir el hambre, si la peste desola las ciudades, los Cristianos, y solo los Cristianos, son responsables de todo ⁵.

Entonces mándanse aquellas famosas persecuciones, aquellos asesinatos en masa que nadie ignora, y que no una sino mil veces debian ahogar la nueva Religion en la sangre de sus discípulos: en un tiempo en que se hacia un juego de la vida de los hombres, en que los suplicios mas atroces eran los mas agradables para los espectadores, no se perdona rango, edad ni sexo; el número de víctimas es una gloria; los suplicios ordinarios parecen dulces en extremo para aque-

⁴ Véase el martirio de san Ginés.

⁵ Tertul. *Apol.* c. 38.